

# El taller de La Pandorga

Marta Luisa Rodríguez Castro

*Desfile de la Pandorga (2015). AMSCP*

La historia muchas veces es capaz de transmitirse a través de los sentidos. Recordar el olor, el tacto o el sonido de algo en concreto hace que seamos capaces de viajar en el tiempo e impregnar nuestra tradición y nuestra fiesta para poder revivirla a cada instante. La elaboración del conjunto que forma la Pandorga cada cinco años es algo que está unido justo a esto, a los sentidos.

Una noche haciendo bailar un río de luces, entre la brisa del verano y en el entorno de la Fiestas Lustrales. Una gran hoguera que reduce a cenizas el trabajo de meses y que eleva al cielo pequeñas partículas encendidas que se unen con las estrellas y con el brillo de los ojos que observan y que con esperanza esperan volver a vivirlo dentro de cinco años.

Todo se inicia muchos meses antes, cuando se conforma el taller, cuando se avisan unos a otros que todo comienza, aunque siempre se está pendiente desde el año antes. Lugares diversos que se han adaptado al tiempo y que luego han modificado los recorridos. A partir de la recuperación de la Pandorga en 1975, el taller se ha ubicado en la ermita de San José, en la subida de La Encarnación, en

El Velachero y, en 2015, en lo alto de la avenida El Puente.

La Bajada de la Virgen comienza a celebrarse ahí, cuando los vecinos se reúnen para preparar un acto; muchos lustros en unos, nueva experiencia en otros, melancolía por los que ya no están y alegría por las nuevas generaciones. Todos esos sentimientos se empiezan a mezclar para dar comienzo, para planificar y buscar en los almacenes lo que pueda haber de quinquenios pasados, para programar pedidos de material. Comienzan los recuerdos de los cambios, de cuando desapareció y cuando volvió al programa, de quienes participaban y de quienes se han ido incorporando a lo largo de los años.

Materiales que han cambiado a lo largo del tiempo. Hoy listones de madera, antaño madera y la caña que recogida en barrancos y laderas impregnan historia en cada caperuza.

Cada farolillo empieza con la estructura, en manos de carpinteros que con tradición y cariño han hecho que cada caña o listón de madera se vaya uniendo para formar algo simple pero a la vez importante, un esqueleto perfecto, medido y calculando el todo. Es un trabajo donde hay que tener en cuenta el fin, la



*Estructura en el suelo (2015). AMSCP*



*Caperuzas colocadas esperando para el gran día (2015). AMSCP*

colocación de las velas y la separación de las mismas con el papel. El tamaño nunca es demasiado pequeño porque en las calles no lucen, pero tampoco han de ser muy grandes para que pueda llevarlas un niño. Desde formas simples (redondeles, estrellas o cuadrados) hasta formas más elaboradas como soles, lunas o personajes y estructuras que siempre han formado parte de la comitiva. *Diario de avisos* recogía en su edición de 3 de julio de 1975: «un espectáculo maravilloso fue el que constituyeron cientos de niños por las calles capitalinas como protagonistas de una original Pandorga. Variedad de motivos hasta la exageración que dieron a la caravana un aspecto variopinto no visto en nuestras fiestas anteriores».

Esqueletos que se van haciendo casi en serie, calculando y con prisa para tenerlas preparadas para el siguiente proceso; siempre parecen pocas y de hecho es uno de los reclamos a lo largo de los años. Ya en 1870 se puede leer en la sección «Crónicas isleñas» del semanario *El Time* (3 de junio): «corto número de caperuzas y la falta de conveniente disposición en aquellos elementos». La imaginación y el cariño quedan engarzados en la cola blanca que va secando y volviéndose transparente, como el trabajo, que parece que no es

sino el principio y es el alma. Los lustros han hecho que vaya variando la cantidad de faroles; como ejemplo encontramos que en 1890 hay un pago de treinta faroles, en 1980 se habla de trescientas figuras y ya en el último lustro estamos hablando de un millar de caperuzas pequeñas, sin contar con los elementos de grandes dimensiones que siempre acompañan el desfile.

Antes de continuar con la decoración hay que colocar la vela. Cortando, ideando la manera más cómoda para que no se caiga durante el siguiente proceso ni en el recorrido de la calle, que no queme la caperuza antes del final. Siempre pensando en el momento cumbre, en el encendido, en el instante en el que el farol cobra vida. Con sumo cuidado e ideando siempre una manera más moderna: poniendo un soporte a la misma, agujereando la tablilla e incrustando la vela o pensando en métodos más actuales. Entre la documentación del Archivo Municipal de Santa Cruz de La Palma encontramos un dato en la Bajada de 1980 que reza: «Colocación de velas. (*Manolo el Bello*) Latonero». Y es que una vez más nos muestra la artesanía que se esconde detrás, la dedicación y especialidad de cada participante del taller.



Taller de la Pandorga (2005). MLRC

Luego empieza el proceso de encolar el papel. Papel fino, de seda, de colores variados, delicado, capaz de hacer traspasar la luz y de dar vida. Con mucho cuidado y con la ayuda de un pincel se encolan los listones y se empieza a forrar estirando bien el papel, haciendo que llegue con precisión a todos los lados, que se tense sin romperse y, una vez más, calculando por dónde debe respirar el farolillo. Como es lógico, las cosas avanzan y ya no se elabora «poleada»; la cola sintética de empapelar ha dado paso a un trabajo más ligero y más rápido, aunque se sigue recordando la mezcla de harina y agua. El proceso artesanal y los «cocineros» encargados lustro tras lustro vienen a la memoria, transformándose en lecciones de verdadera artesanía.

Una vez forrada la caperuza, se da paso a la imaginación y al buen gusto que con papeles brillantes, flores y purpurina, ojos y bocas, lazos y pajaritas van mezclándose con risas y cuentos, historias del día a día, recetas y recuerdos, café y bizcochón. Y van cobrando vida los farolillos que se amontonan con cuidado de no romperse, se mezclan sin problema perros y gatos,

ratones y búhos, lunas y soles. El periódico *El eco* (Santa Cruz de La Palma, 25 de marzo de 1885) recogía: «tan pronto se ve una rata / junto a un gato, como un tigre / junto del toro a sus astas; / asnos, caballos, camellos, / cigüeñas, cebras, jirafas, / casas, machangos, / vapores, / y un millón de savandajas».

Llega el momento de ir terminando y darle aire a la caperuza con flecos que se van cortando y que se abren al aire para completar el farolillo. Fleclos cortados a mano con el papel de seda, con patrones hechos de madera para que queden iguales, adaptando colores y tamaños. Y como en todo el proceso, teniendo cuidado de no ponerlo muy grande para que no entre con el viento y se queme con la vela, pero que pueda bailar y danzar entre las calles oscuras. La brisa de la noche se cuele entre los flecos de papel y la risa, entre acordes de bandas de música que luchan en busca de un poco de luz que ilumine las partituras. Siempre han estado unidas la luz y la música, entre adoquines que suben y bajan, callejones



*Soles y Lunas mezclados (2005). MLRC*

donde resuenan los tambores y notas que se escapan al aire.

La Pandorga es música, sonidos mezclados entre la algarabía y el papel, la brisa y las risas de los participantes, los gritos de miedo en los más pequeños si prenden antes de tiempo, el crujir del fuego y las lágrimas silenciosas del final de una fiesta que como el ave Fénix resurge cada cinco años desde las cenizas y el recuerdo.

Y el taller cierra la puerta con la última caperuza, aunque siempre hay alguna que se escapa del fuego y que no sale ni siquiera del local. Otras son las que escapan porque quien la porta no quiere y le da pena... y acabará en un rincón, llena de polvo y luego, posiblemente, en la basura. En las últimas ediciones se han elaborado algunas para exponerlas en la calle, sin que lleguen al fuego y con una temática especial. Dedicada a los municipios de la isla en la edición del 2010 y a los actos de

la Bajada en el 2015. En el caso de las de los municipios, fueron repartidas meses después por los propios participantes del taller en cada jurisdicción. La Pandorga hay que entenderla en su conjunto, con todos los farolillos desfilando a la vez y todos en la hoguera. Es curioso pensar que la vida es un círculo: antiguamente muchas cañas se cortaban en el barranco y tras transformarse volvían a convertirse en cenizas en el mismo lugar.

Y los colaboradores quedan en el anonimato, la fiesta pasa al pueblo, a los de aquí y a los de fuera; todos son partícipes de una noche mágica; los protagonistas son los que danzan en las calles con cuidado de llegar al final y «que no se me quemem» y haya que abandonarla en una esquina de la placeta o de la plaza de España. La Pandorga es del pueblo, como la fiesta, y en esos momentos los participantes del taller, entre pena y alegría, recogen sus cosas y sus ilusiones.

La Pandorga es música, sonidos mezclados entre la algarabía y el papel, la brisa y las risas de los participantes, los gritos de miedo en los más pequeños si prenden antes de tiempo, el crujir del fuego y las lágrimas silenciosas...

Las partículas de fuego iluminan el camino de la Virgen que pronto bajará y extenderá su manto de la cumbre a la arena. Las figuras son las joyas y el brillo y la luz, la magia que contagia a Santa Cruz de La Palma cada cinco años, reflejada en la mirada del niño y del adulto que es capaz de recordar. Lustros sin desfiles, sin nombres, y lustros con la ilusión de un Celestino Cabrera Perera y Servando Pereyra García, quienes en 1945, con 2981,85 pesetas, hicieron renacer aquella antigua Pandorga que tanto se recordaba, anterior a 1925. Años más tarde, desde el 1 de noviembre de 1979, Pedro M. Rodríguez Castaños, Félix Poggio Castro y José Rute Casañas aparecen en la nómina de encargados del cuidado de la ermita de San José para la «confección en ella de las labores propias de enrame de calles y plazas, figuras de papel para la Tradicional Pandorga».

Los palmeros contamos la vida por «bajadas» y cuando nacemos en tor-



*Estructura y vela puesta. MLRC*

no a un acto, participando en él desde pequeños, lo hacemos siendo parte del mismo. Conocemos de primera mano el material, lo que se esconde detrás de un proceso largo pero en el que las gentes nos volvemos familia, en el que nos miramos entre papel y brillo, entre cera y luz, contando la vida no en esos años que acaban en cero y en cinco, sino en meses antes. En los últimos años, ha habido personas que nos han marcado y que son más que un segmento del taller; cada noche llegan desde San Telmo, La Encarnación o cualquier rincón de la ciudad para convertirse en duendes con nombre que se esfuerzan día a día, incluso aportando material propio y amor. Es por eso que la Pandorga es calor, calor de fuego y de cariño de un *pueblo* hacia su *fiesta*.